



Ezequiel Martínez Estrada, un viajero perdido en la Cuba revolucionaria

María Lourdes Gasillón¹

Resumen

Este trabajo analiza un escritor que formó parte de un grupo literario constituido en torno a Leopoldo Lugones en la década de 1920. Entre otras afinidades, la *hermandad* se caracterizaba por un espíritu anticapitalista y antiburgués (Tarcus 2009). Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964), de tendencia anarco-liberal, fue miembro del quinteto. Su producción porta elementos que posibilitan pensar en algunas características de la autorrepresentación de la figura del intelectual en la literatura argentina durante los '60. Diseña un imaginario de *escritor* a partir de sus viajes a países donde se desarrollaron sistemas políticos comunistas o de *izquierda*. Puntualmente, recorrió uno de los destinos revolucionarios emblemáticos: Cuba, que ofrecía la concreción de una utopía imaginada desde hacía tiempo, pues los intelectuales se sentían atraídos por este nuevo sistema experimental, que les otorgaba una posición de poder sin precedentes (Saïtta 2007).

Así, este autor dejó testimonio de su experiencia revolucionaria en textos ficcionales y ensayísticos, de los cuales seleccionamos en esta oportunidad algunos aspectos centrales de *En Cuba y al servicio de la revolución cubana* (1963). En el desarrollo del artículo, se propone el análisis de la matriz constructiva del testimonio influido ideológicamente.

Palabras clave

Ezequiel Martínez Estrada – viaje – ensayo – intelectual – Revolución Cubana.

Abstract

This paper analyzes a writer who was part of a literary group formed around Leopoldo Lugones in the 1920s. Among other similarities, the *brotherhood* was characterized by an anti-capitalist and anti-bourgeois spirit (Tarcus 2009). Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964), of the anarcho-liberal tendency, was a member of the quintet. His production carries elements that enable to think in some features of the self-representation of the intellectual figure in the Argentinian literature during the '60s. He design an imaginary of *writer* from his travels to countries where political communist or *leftist* systems were developed. Specifically, he toured one of the iconic revolutionary destinations: Cuba, which offered the realization of a utopia imagined for some time, then intellectuals were attracted to this new experimental system, which gave them a position of unprecedented power (Saïtta 2007).

Thus, this author testified to his revolutionary experience in literary texts and essays, from which we selected this time some central aspects of *In Cuba and the service of the Cuban Revolution* (1963). In this article, it is proposed the analysis of constructive parent of testimony ideologically influenced.

Keywords

Ezequiel Martinez Estrada – travel – essay – intellectual – Cuban Revolution.

Viajar es descubrir (se)

¹ Profesora en Letras. Continúa su formación de posgrado, cursando Maestría en Letras Hispánicas y Doctorado en Letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata. En su primera etapa de formación, se dedicó al análisis del discurso de libros de texto de nivel secundario. Actualmente, en esta unidad académica, forma parte del grupo de Estudios de Teoría Literaria dirigido por la Dra. María Coira y lleva adelante una beca de posgrado tipo I (CONICET) cuyo tema de investigación gira en torno de Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco y Bernardo Kordon. Ha publicado en revistas y actas de congresos; algunos de sus trabajos recientes son: “*El verdadero cuento del Tío Sam: el reverso de la historia*”, “Modos del ensayo: de la crítica a la ficción narrativa en Ezequiel Martínez Estrada”, “Ezequiel Martínez Estrada y Luis Franco: miradas filosóficas en torno a la identidad nacional”, “Realismo, margen y fragmentariedad en la narrativa de Ezequiel Martínez Estrada” y “Del naturalismo al neorrealismo: Bernardo Kordon, testigo de su tiempo”. Mail de contacto: mlgasillon@yahoo.com.ar

El viaje siempre fue un disparador de la escritura para numerosos autores; significa el descubrimiento de espacios exóticos, diferentes, clásicos, imponentes... sin importar el objetivo inicial de esa exploración hacia lo desconocido. También, en muchos casos, implica la revelación de la propia subjetividad en un ámbito que, a veces, resulta más agradable que el propio: es el *lugar* donde se quiere estar, al que se pertenece efectivamente. A lo largo del tiempo, intelectuales argentinos viajaron a otros países para conocer, completar su formación cultural, cumplir obligaciones laborales o alejarse del entorno habitual, pero en realidad, ese recorrido hacia nuevas tierras implicaba a veces el hallazgo y la consolidación de una ideología particular. Uno de ellos fue Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) quien, en sus producciones, diseña un imaginario de *escritor* a partir de sus propios desplazamientos por territorios asociados con políticas socialistas o comunistas a mediados del siglo XX, que fueron destinos emblemáticos de la revolución: la Unión Soviética y Cuba (Saítta 2007). Durante y después de los viajes, dejó testimonio de su mirada respecto de la experiencia revolucionaria en textos ficcionales y ensayísticos, de los cuales seleccionamos en esta oportunidad algunos aspectos centrales de *En Cuba y al servicio de la revolución cubana* (1963).

Escribir para revelar

El escritor “comprometido” sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio.
Jean-Paul Sartre. “¿Qué es escribir?” (2008: 61-62)

Las palabras de Sartre describen al escritor posicionado en el campo: aquel que cumple una *función social* al intervenir en el universo discursivo y, en última instancia, provocar ciertos cambios en el universo real a través de su opinión y descripción de la condición humana. Esta clase de intelectual no quiere pasar inadvertido en su época; es el *mediador* entre la realidad y los lectores. Debido a ello y para completar el acto creativo, *pide* al lector que colabore con él de modo libre y generoso, pues sin un destinatario que lea y actualice el texto, la revelación no puede realizarse completamente. En ese sentido, el autor santafecino pretendió utilizar la palabra como instrumento de expresión e intervención ideológica entre sus contemporáneos, en un momento histórico efervescente y cambiante. Así, Martínez Estrada fue conocido por sus ensayos más difundidos, que analizaban de manera profunda el contexto social, político y literario de Argentina y América Latina, al punto de considerarlo un *denunciante* (Viñas 1954) de la realidad social y política entre los años ‘30 y ‘60. Al final de su vida, incorporó lecturas nuevas al archivo personal; sus textos favoritos –como los de Frantz Fanon²– trataban sobre la política anticolonialista y antimperialista.

²Frantz Fanon (1925-1961) nació en la isla de Martinica, se formó profesionalmente en Francia (fue médico psiquiatra) y se instaló en Argelia hasta el final de su vida. Desde su condición de “negro entre blancos” participó en movimientos de liberación anticolonialista y lucha independentista argelina; uno de sus libros más destacados en este sentido fue *Los condenados de la tierra* (1961). El texto trata la situación de los pueblos africanos, el papel del campesinado, organizaciones revolucionarias, entre otros, pero presenta una mirada susceptible de extender a los países subdesarrollados de América Latina (Fernández Retamar 1967: 127-129).

En 1960, llega a Cuba para recibir el premio *Casa de las Américas* por su texto *Análisis funcional de la cultura* (1960). Durante su estadía en la isla, fue miembro de la Academia de Historia de La Habana, llevó a cabo una importante investigación sobre José Martí y Nicolás Guillén, y fue director del Centro de Estudios Latinoamericanos de Casa de las Américas hasta 1962. En ese contexto, durante su estancia caribeña, sale a la luz *En Cuba y al servicio de la revolución cubana*, que constituye una compilación de artículos dispersos publicados en otros medios anteriormente;³ una edición posterior apareció en Montevideo con el título *Mi experiencia cubana* (1965). A pesar de su presunta heterogeneidad, los trabajos individuales reflejan el objetivo común de denunciar la situación opresiva que vivía Cuba y los demás estados latinoamericanos –Argentina principalmente–. Situado en el lugar de un *cubano más*, tal como expresa el epígrafe inicial del libro, a cargo de Fidel Castro,⁴ defiende convencido la causa revolucionaria y pretende extenderla al resto del continente, pues constituye un ejemplo a seguir según él. Cree en la liberación de las *víctimas* en manos del capitalismo imperialista si en todas partes se despierta el desprecio solidario hacia ese sistema de raigambre colonial. Discursivamente, en primera persona señala la tiranía ejercida por Estados Unidos, Inglaterra y Francia, sobre todo, en América Latina. A ese aparato capitalista desmedido, agrega la aceptación pasiva y cómplice de los miembros gubernamentales y los pensadores desinformados y apartados de los intereses del pueblo. No obstante, en gran parte, intenta describir la situación actual de Cuba y sus vecinos para contraponer y resaltar el sistema que considera más adecuado: el Socialismo. Este régimen de gobierno liderado por Castro era incipiente y recién comenzaba a desarrollarse, pero para Martínez Estrada es el paradigma de la verdadera cultura popular de raíz americana, que propone a la vez, un modelo de intelectual a seguir, como ya había enunciado Martí –al que hace referencia asiduamente–.

La revolución, una bella utopía

Como su gran compatriota Ernesto Che Guevara, es de los que vino a estar “en Cuba y al servicio de la revolución cubana”, según quiso que se nombrara el libro que recogería algunos de sus trabajos de combate. No sólo en ese libro, por cierto, defendió a este país y a esta revolución. Lo hizo, literalmente, hasta su último aliento, desde que a los sesenticinco años fundiera su vida con esta causa nueva y antigua, coronando así magníficamente una de las existencias más fecundas que un intelectual haya conocido en estas tierras (Fernández Retamar 1967:121).

La Revolución Cubana comenzó en enero de 1959 con la caída del dictador Fulgencio Batista (apoyado por Estados Unidos) como respuesta al dominio norteamericano y al de los grandes dueños de tabacales e ingenios azucareros. En palabras de Claudia Gilman fue un “proceso original y nuevo” (2012: 189), pues constituyó una iniciativa socialista que no contó con la intervención del Partido Comunista; si bien este proceso fue irregular y sufrió varios cambios ideológicos y políticos. No obstante, sus inicios estuvieron signados por el esplendor cultural y la disolución de diferencias que había provocado el gobierno anterior.

³Algunos de ellos son: *Por qué estoy en Cuba y no en otra parte* (*Casa de las Américas*, 1960), *Martí revolucionario* (*Lunes de revolución*, 1961 y la edición completa y aumentada del texto publicada por *Casa de las Américas* en 1967), *Réplica a una declaración intemperante* (*Principios*, 1961), *Por una alta cultura popular y socialista cubana* (*Unión*, 1962).

⁴“Cubano no es el que nació aquí; cubano es el que ama y defiende a este país” (Martínez Estrada 1963: 5).

Durante esos años “Cuba pareció ser la tierra prometida de los escritores-intelectuales” (Gilman 2012: 200) por la aparición de una propuesta concreta de justicia social y su apertura al arte y las instituciones dedicadas al desarrollo artístico. Todo ello provocó una “suerte de hechizo mutuo” (Rojas 2010: 46) entre los políticos y los intelectuales; sin embargo, ese pacto idealizado con el poder duró sólo unos diez años, cuando los pensadores le retiran su apoyo y empiezan a manifestar sus críticas más duras al presentarse una situación de intranquilidad, bloqueo norteamericano y limitación económica. En el marco de los años iniciales, Martínez Estrada es un claro ejemplo de fe en esa revolución que cambiará la desfavorable situación. Su fascinación los lleva a creer y crear un discurso convencido en esa utopía:⁵

Gustavo Roca quiere llevar, de regreso a la patria, algunas palabras mías, destinadas a los que extrañan mi ausencia. [...] Él ha visto la realidad de lo que en Cuba se ha hecho en veinte meses y de lo que se está haciendo para organizar una vida común de paz y de progreso. Vio lo que puede un pueblo que se levanta de su postración y adquiere conciencia cabal de sus derechos y deberes. Les contará lo que es posible hacer cuando un pueblo entero se une para defender un ideal, y les dirá de la integridad y capacidad extraordinarias de sus líderes, de los poderes insospechables de las fuerzas morales (Martínez Estrada 1963: 7).

Para él, Cuba y sus nuevos líderes ofrecen la concreción de un ideal perseguido desde hacía tiempo para todos los latinoamericanos que luchaban por independizarse de España antes, y ahora, de Estados Unidos. En ese marco, los intereses comunitarios estaban por sobre los individuales, lo cual constituía una “garantía de felicidad” según los cronistas, políticos izquierdistas y hombres de letras atraídos por este nuevo sistema experimental, que les otorgaba una posición de poder sin precedentes (Saítta 2007).

Los artículos que componen *En Cuba y al servicio de la revolución cubana* sirven en conjunto para responder y explicar al lector el título general, donde el sujeto del enunciado se posiciona lejos de su patria y declara explícitamente su función de intelectual que apoya la causa revolucionaria. Martínez Estrada, en el título, en las primeras líneas y en el resto del texto, construye una imagen de artista que siente y sirve a la Revolución popular, al punto de ponerla por encima de todo, sacrificando lo personal, como muestra de su amor al pueblo “infeliz y olvidado”. A continuación, en el marco de lo que Sylvia Saítta denomina *la escena de arribo* (22) del relato de viaje, justifica su estancia en el país caribeño:

⁵Durante esta etapa, el autor publica su artículo “El Nuevo Mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba” (*Cuadernos Americanos* (1963) y *En torno a Kafka y otros ensayos* (1967)), donde se propone comparar *Utopía* de Tomás Moro y *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir. Hacia el final se detiene en la “antevisión o revelación” que tuvo Moro –al igual que Martí en el siglo XIX– al imaginar una sociedad perfecta, cuyos integrantes son leales y virtuosos, viven libres, en paz, sin diferenciación de clases, y con una distribución equitativa del trabajo. La conclusión de ese análisis, según Martínez Estrada, es que ese régimen social se corresponde con la actual política revolucionaria de Cuba. Expresa una fiel creencia en el sistema socialista ideal cuando homologa Utopía con la isla caribeña: ambas amenazadas por un “peligro” externo y muy cercano, en tierra firme (antes, Inglaterra; ahora, Estados Unidos), que es la cuna de “los vicios y las perversidades”.

Estoy en Cuba para servir a la Revolución, que es también la causa humanitaria de los pueblos expoliados por los *racketers* de la Banca internacional, amedrentados y escarnecidos por los esbirros de la policía militar interamericana, y torturados y perseguidos por los verdugos y delatores en sus propios países. ¿Qué se piensa de este gran pueblo cubano en Argentina, manejada por camarillas estipendiadas y ofuscada la opinión pública por las informaciones insidiosas de la prensa asociada? (Martínez Estrada 1963: 8).

De manera explícita declara su postura ideológica, pero su mirada *estrábica* está puesta también en el gobierno y la intelectualidad argentina: los “enemigos traicioneros” de un pueblo que sólo cuenta con “soberanía de papel”.

Por consiguiente, nos encontramos con un relato de viaje no tradicional, que está teñido de la experiencia personal y la expresión de una intensa opinión política. Aquí, “el sujeto del relato de viaje descubre la imagen del Otro y de lo Otro, pero en él proyecta la imagen de sí mismo” (Monteleone 1999: 17-18). Es decir, el autor aporta información histórica, política y económica a lo largo de sus artículos, sin embargo, termina centrando su discurso en una defensa del valor y la acción que revisten la cultura y los artistas en un sistema socialista, que admira y desea para su propia nación. En este régimen racional, equitativo y vanguardista el pueblo se libera de las cadenas que lo oprimen. Esa situación perfecta es la que no pueden entender los intelectuales alejados del lugar de los hechos, tal como expresa en uno de los pasajes más combativos del texto: “Réplica a una declaración intemperante”.⁶ En esta sección, contesta exhaustivamente cada una de las críticas y declaraciones en contra de la “tiranía” de Fidel Castro, que habían manifestado Borges, Mujica Láinez, Mallea, Bioy Casares, entre otros. El cruce de diatribas coincide con el alejamiento definitivo de Martínez Estrada del grupo *Sur*, del que había participado décadas atrás. Sus principales destinatarios (“ustedes”) son esos compatriotas que defienden la “democracia” norteamericana cifrada en el bloqueo y la invasión de la isla, porque desconocen la verdadera coyuntura política y tienen una percepción errónea del sistema implantado por el Primer Ministro de Cuba:

Piensan ustedes como los lectores de historias fantásticas y de periódicos de la prensa en cadena, y tienen del socialismo una idea de curas párrocos. Es increíble que algunos de los buenos escritores argentinos sean crédulos lectores de los infundios elaborados concienzudamente en los laboratorios de la Agencia Central de Inteligencia. Esta palabra, fascinante de por sí, los ha ofuscado, pues pertenecen ustedes a la ‘intelligentsia’ de la oligarquía, o sea al despotismo ilustrado, y hallan inteligente lo que ese organismo de perversión espiritual prepara como barbitúricos para los esclavos libres del fascismo imperialista (Martínez Estrada 1963: 97).

Es uno de los núcleos más *duros* de su discurso ensayístico y en él responde a sus colegas *opositores* “inocentes”, oligarcas e ignorantes que repiten la imagen reproducida por la prensa estadounidense sin detenerse a informarse ni cuestionarla. En su alegato, los desacredita en cada uno de sus dichos y les explica las causas de estar “en Cuba y al servicio de la revolución” y no querer regresar. Pese al enfrentamiento verbal, queda claro su deseo de extender ese bienestar general político e ideológico que ve a su propia patria.

⁶ Su primera aparición fue en *Principios* 1961.

Al igual que Martí, demuestra amor y lástima hacia su pueblo y quiere lo mejor para él.

Aunque inmerso en este sentimiento de desarraigo y extrañamiento por la postura de sus compatriotas, Martínez Estrada “no fue un turista de la revolución”, sino que, desde su posición de observador de la realidad, experimentó de cerca los momentos difíciles de los cubanos (Orgambide 1997: 205). Su gesto político provocó reacciones adversas y críticas en diferentes sectores argentinos, pero al mismo tiempo, una admiración y reconocimiento por la intelectualidad cubana. Algunos escritores isleños (Ambrosio Fornet y Roberto Fernández Retamar, por ejemplo) que adherían a la Revolución en ese momento vieron en Martínez Estrada un pensador que hablaba con una sensibilidad y compromiso diferentes de otros: sentía el fundamento de la Revolución como propio a pesar de ser un extranjero.

Martí, el faro intelectual revolucionario

La figura de José Martí (1853-1895) fue analizada por nuestro autor en diferentes artículos, libros y ensayos.⁷ En el texto que nos ocupa Martínez Estrada subraya sus ideas en torno de la defensa de una cultura popular y democrática, que cumpla una función social, con conciencia americanista y, en ese marco, tener en cuenta el papel relevante de la escuela para *humanizar* al hombre:

Martí está colocado en el centro de todos los problemas americanos, y su americanismo es un credo más que una filosofía. Tuvo conciencia de lo que éramos, de dónde veníamos y a dónde nos encaminábamos, y de los elementos heterogéneos que configuraban nuestra personalidad básica; y esto en tiempos en que sólo se tenía idea confusa y maleada por prejuicios de qué había en nosotros de diferente y semejante con otros pueblos de Europa y Asia –no de África, como lo señalaba el mapamundi–. Aceptó la realidad, sin apartar lo malo y lo negativo, pues supo que también con ello tendríamos que forjar una nueva sociedad y un nuevo espíritu, y que se convertirían en factores buenos y positivos según el tratamiento que les diéramos (Martínez Estrada 1963: 126-127).

La imagen visionaria que percibió en Martí le posibilita al propio Martínez Estrada realizar una autocrítica de su rol como analista de la realidad hasta ese entonces y de la “intelligentsia” argentina. Quiere abandonar el lamento y la crítica superficial al sistema capitalista y dejar de ser un espectador impasible, pero sin permitir que peligre su libertad de pensamiento y expresión –aclara con firmeza–. A medida que avanza el discurso, su “camaradería” con el grupo revolucionario y la causa martiana también llega a su máxima expresión:

Tengo la certeza de que mis palabras complacerían al más grande de nosotros, al numen orientador y modelador de los ideales humanitarios y libertarios de la Revolución Cubana, porque la verdad, camaradas, es que esta nuestra cultura de gabinete se ha elaborado exactamente lo mismo que la otra riqueza de los banqueros y latifundistas, con el sudor, la sangre y las lágrimas de los que no recibían de ella sino las migajas de un gran festín (Martínez Estrada 1963: 159).

⁷Se destacan los textos: *Familia de Martí (Cuadernos de la Casa de las Américas, 1962)*, *Martí: el héroe y su acción revolucionaria (1966)*, *Martí revolucionario (1967)*.

Varias líneas resaltan del escritor cubano su cualidad de artista comprometido, libre, inteligente, que siente amor hacia su pueblo y se *sacrifica* por él... De esta manera, constituye el modelo del intelectual al que aspira y quiere actuar desde su discurso para intervenir en sus lectores, dejando sus huellas.

El capitán Guevara

Al calor de la Revolución, no podía estar ausente la figura emblemática del rosarino Ernesto Guevara (1928-1967), debido a que:

De todos los líderes políticos revolucionarios, Fidel Castro y el Che Guevara fueron los que más entusiasmaron a los intelectuales que visitaron Cuba, particularmente a los argentinos. Sus atributos eran únicos: jóvenes, altruistas, combatientes guerrilleros, universitarios y teóricos de la lucha revolucionaria; no formaban parte de la vieja izquierda, se mostraban partidarios de la experimentación y no dependían de partidos o facciones políticas (Saítta 2007: 19).

En la misma línea, Martínez Estrada describe al líder desde una perspectiva diferente del resto de los artículos que veníamos mencionando: utiliza el formato más característico/conocido del relato de viaje, ya que cuenta minuciosamente la escena del encuentro sin el intenso contenido de alegato antes dominante; en su lugar, acude a una retórica de corte alegórico para narrar. Así, en *Che Guevara, capitán del pueblo*, cuenta en primera persona su encuentro inicial con el comandante argentino en la plaza Cadenas de la Universidad de La Habana, donde hablaría sobre el rol de esta institución en el desarrollo económico del país. El propio protagonista sabe y comenta que cuando aparece el Che, se instala en el colectivo la imagen de *prócer legendario* que, acompañado por una escenografía particular, lo convierte en una especie de líder bíblico, con un aura especial. Pese a ello, el escritor santafecino manifiesta que fue a escuchar el discurso con una actitud crítica, que trataba de distanciarse del afecto o la admiración (lo ayudaba el hecho de que no se habían visto personalmente en ocasiones previas). Con un lenguaje neutro describe el modo de hablar, el contenido de su discurso, su personalidad... No obstante, abandona su perspectiva de distanciamiento y termina por admitir que la “fuerza comunicativa” del Che se impone al auditorio:

Pronto lo escuché con unción más que con curiosidad, lo confieso, y lo admiré en su actitud de tribuno de la plebe, docto y circunspecto como un patricio. La palabra engarza perfectamente en la persona: por lo que dice se sabe lo que es. Exteriormente su figura es la de un personaje bíblico que viste uniforme de fajinas en vez de túnica [...] (Saítta 2007: 305).

El *héroe bíblico* termina deslumbrando la atención de Martínez Estrada por su novedad: un dirigente imponente pero humilde, que sin embargo, es la *voz del pueblo*, su libertador. A partir de allí, domina un discurso panegirista en torno al comandante, el argentino expatriado –ambos con una misma procedencia y situación– que defiende y ayuda a “una de las naciones más castigadas de la familia hispánica, [...] el hogar de los desterrados” (Saítta 2007: 307).

En los últimos párrafos, habla sobre su conversación con el *Jonás* revolucionario y

destaca su sinceridad, humildad, seguridad y entrega. Ambos compartían una patria y ahora, pretenden cumplir un nuevo rol altruista en otro país, débil y vencido por la tiranía, que será “poderoso y triunfante” (Saítta 2007: 308) a partir de la Revolución.

Reflexiones finales

En 1942, Martínez Estrada asumió por segunda vez la presidencia de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores); y desde julio a septiembre de ese año fue invitado por el Departamento de Estado norteamericano para visitar el país. De esa experiencia, surgió un diario de viaje, que fue editado en Buenos Aires cuatro décadas después con el título *Panorama de los Estados Unidos (1985)*. Según el análisis de David Viñas, la primera parte del texto contiene exaltadas descripciones y opiniones *ingenuas y lamentables* sobre la primera parada –Miami–, que podrían deberse a un “compromiso indirecto con el gobierno de Roosevelt que lo invitó [...], una suerte de intercambio de atenciones” (288), o tal vez, porque era un momento “en el que numerosos escritores, categórica o institucionalmente considerados de izquierda, veían a ‘la Gran Democracia del Norte’ como el baluarte y la defensora de las libertades a nivel mundial” (Viñas 1998: 288). Sobrevuela en esas páginas el contraste del progreso norteamericano con la naturaleza latinoamericana negativa, retrasada, derivada de los conquistadores españoles. Sin embargo, avanzado el texto –cuando pasa por Washington y Nueva York– comienza a ver aspectos no tan favorables, si bien el protagonista se limitará a ser un mero observador que generaliza al principio; luego, enuncia tímidos interrogantes y anota detalles y situaciones recordadas.

Transcurridos veinte años, nos encontramos con una producción ensayística del autor muy diferente. El contexto, la ideología, la madurez intelectual, el alejamiento de su patria... han influido en él a partir de su visita a Cuba durante los años '60. Abandonando el registro y el estilo convencional del diario de viaje, Martínez Estrada siente la responsabilidad de informar sobre la situación de los países *subdesarrollados* y apoyar un régimen que los redimirá. Con un lenguaje panfletario en varias oportunidades manifiesta sus duras críticas a la explotación y subordinación militar, política y económica que ejerce el capitalismo financiero e industrial. Es notable su adhesión a la izquierda revolucionaria, que fluye por sus sentencias de manera explícita. Ahora, el principal objetivo es provocar una reacción en sus lectores, quizás también comprometidos con la causa de esa época. Para él, la Revolución reveló la situación servil de Latinoamérica y significó la asunción del papel determinante del pueblo, que defendió masivamente el cambio y la liberación, aunque el contexto político fuera desfavorable.

Bibliografía

- Adam, C. (1968): *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Devés Valdés, E. (2003): “El ensayo durante un período modernizador: conciencia y expresión”. En: *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*. Buenos Aires: Biblos. Tomo II, cap. III.
- Fernández Retamar, R. (1967): *Ensayo de otro mundo*. La Habana: Instituto del libro.

- ----- (2000): “Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada”. En: *Concierto para la mano izquierda*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 71-83.
- Gilman, C. (2012): *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Martínez Estrada, E. (1963): *En Cuba y al servicio de la revolución cubana. Escritos políticos*. La Habana: Ediciones Unión.
- ----- (1985): *Panorama de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Torres Agüero.
- ----- (1963): “El Nuevo Mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba”. En: *Cuadernos Americanos*. Año XXII, Vol. CXXVII, N° 2, 89-122.
- Monteleone, J. (1999): *El relato de viaje. De Sarmiento a Umberto Eco*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Orgambide, P. (1997): *Un puritano en el burdel. Ezequiel Martínez Estrada o el sueño de una Argentina moral*. Rosario: Ameghino.
- Rojas, R. (2010): “Anatomía del entusiasmo. Cultura y Revolución en Cuba (1959-1971)”. En: Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz Editores, 45-61.
- Saítta, S. (2007): *Hacia la revolución: viajeros argentinos de izquierda*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sartre, J. P. (2008) [1948]: *¿Qué es la literatura? Situations, II*. Buenos Aires: Losada.
- Tarcus, H. (2009): *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*. Buenos Aires: Emecé.
- Viñas, D. (1954): “La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada”. En: *Contorno*, N° 4, 10-16.
- ----- (1998): “Martínez Estrada, del New Deal al Che Guevara”. En: *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires: Sudamericana, 288-294.